

Epístola para el Sexto domingo después de la Trinidad

Romanos 6:3-11

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.” (Romanos 6:3–11)

1. En esta lectura de la Epístola, San Pablo enseña a los cristianos de la vida cristiana en la tierra y la conecta con la esperanza de la segunda vida, futura, eterna, en que fueron bautizados y se hicieron cristianos. Hace de esta vida en la tierra un morir, de hecho, hasta un sepulcro, y sin embargo señala que en el futuro se hallará en nosotros una condición distinta de resurrección y nueva vida. Llega a esta enseñanza por lo que siempre pasa en el mundo: cuando predicamos de la gracia y el perdón de los pecados que se nos da sin ningún mérito nuestro, entonces la gente quiere tener la libertad de no hacer nada sino lo que ellos quieren. Lo mismo también sucedió con San Pablo cuando él tan alta y consoladoramente exaltó la gracia de Cristo, como dice poco antes: “Entre más grande y poderoso sea el pecado, más poderoso también se hizo la gracia” (Romanos 5:20); a saber, en donde hay mucho pecado grave, hay también y domina mucha gracia grande y abundante. “Si es cierto”, dice la multitud vulgar, “que mucha gracia se da y sigue a gran pecado, entonces confiadamente nos cargaremos de pecado y fácilmente ayudaremos el asunto, para que podamos tener tanta más y más grande gracia”.

2. San Pablo ahora refuta esto y dice: “No es la intención del evangelio enseñar el pecado y permitirlo; más bien, enseña lo opuesto, cómo nos libramos del pecado y de la terrible ira de Dios por el pecado. Esto no sucede en tal forma que lo logremos con nuestras obras, sino Dios perdona nuestros pecados por pura gracia por amor de su Hijo, porque no encuentra en nosotros nada sino pecado y condenación. ¿Cómo puede esta enseñanza dar ocasión por el pecado ni permitirlo, puesto que directamente se opone al pecado y enseña cómo se borra y se elimina?”

3. San Pablo nunca enseñó ni dijo que la gracia se adquiere por medio del pecado o que nuestro pecado trae la gracia. Más bien, dice lo contrario, que “la ira de Dios se revela desde el cielo” contra el pecado de toda la gente (Romanos 1:18). Sin embargo, porque

hay tantos pecados tan serios de la gente para quitar, tiene que haber también gracia grande, poderosa, fuerte y abundante que ahoga y borra todos ellos. Asimismo, la gente podría decir: “Si la sed es grande y fuerte, una bebida más grande y fuerte es lo que se necesita”. “Si el fuego es grande, tiene que haber un aguacero aun más grande y fuerte para apagarlo”. “Si la enfermedad es grande y seria, la medicina es mucho más fuerte y poderosa”.

No sigue de esto que debes inventar algo similar: “Emborrachémonos con confianza, para que tengamos tanta más sed para el buen vino”. O: “Hagámonos daño y hagámonos enfermos, para que la medicina sea tanto más poderosa y beneficiosa”. Así mucho menos sigue que debemos juntar y amontonar muchos pecados, para que podamos tener tanta más y mayor gracia. La gracia es contra el pecado y lo devora. ¿Cómo, entonces, debe fortalecer o aumentarlo?

4. Por eso ahora comienza este sermón en Romanos 6:1-2 diciendo: “¿Qué diremos, ahora? ¿Debemos continuar en el pecado para que la gracia aumente tanto más? ¿De ningún modo! ¿Cómo debemos querer vivir en el pecado cuando hemos muerto para él?” Es como si quisiera decir: “¿Cómo pueden estar lado a lado y decirse al mismo tiempo que la gracia mata y destruye el pecado en ti y que debes vivir de acuerdo con él?” Para explicar esto más y amplificarlo, continúa diciendo:

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Romanos 6:3)

5. Dice esto con palabras pintorescas, floridas, para darnos una impresión muy clara del asunto. De otro modo, habría sido suficiente preguntar: “Si hemos muerto al pecado, ¿por qué debemos vivir en él?”. Es decir, porque han sido salvos del pecado por gracia, la gracia nunca te dirá pecar más. La gracia siempre está presente para matar el pecado. Sin embargo, con estas palabras quiere recordarnos y poner ante nuestros ojos lo que Cristo ha hecho por nosotros y dado a nosotros. Así dice: “Piensen en por qué son cristianos: fueron bautizados en Cristo. ¿Sabían ahora lo que significa que fueron hundidos bajo el agua, de modo que volvió a juntarse sobre ustedes? Significa no solo que fueron lavados y limpiados en su alma por el perdón de los pecados, sino también que su carne y sangre fueron condenados y entregados a la muerte para ser completamente ahogados, de modo que su vida en la tierra desde ahora debe ser un morir constante al pecado. Su bautismo también no es otra cosa que un matar por la gracia (o un matar misericordioso) por el cual el pecado en ustedes se ahoga, de modo que queden bajo la gracia y no perezcan por el pecado bajo la ira de Dios. Por tanto, cuando son bautizados, se entregan al ahogar y morir misericordioso de su querido Dios y dicen: “Ahógame y mátame, querido Dios, porque desde ahora gustosamente moriré al pecado con tu Hijo para que pueda también vivir con él por la gracia’.”

6. Sin embargo, cuando dice: “los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte”; asimismo: “somos sepultados juntamente con él para muerte” (Romanos 6:4), esto se habla en su estilo paulino acerca del poder del bautismo que la muerte de Cristo obra en ustedes. Por su muerte, pagó por nuestros pecados y los

quitó, de modo que su muerte fue un matar y morir al pecado, que no tiene derecho ni poder sobre él. Así también, debido a su muerte y morir, tenemos el perdón de los pecados, y así también tenemos ese morir al pecado por el mismo poder. Así no debe condenarnos, porque fuimos bautizados en Cristo, por lo cual él imparte a nosotros su poder y obra en nosotros.

7. “Sí”, dice además, no solo fuimos bautizados en su muerte, sino también por ese mismo bautismo fuimos “sepultados juntamente con él para muerte” (Romanos 6:4). Por su muerte también tomó nuestro pecado con él al sepulcro, lo sepultó por completo, y allí lo dejó, de modo que ahora es y queda completamente borrado y sepultado para los que están en él por el bautismo. Ahora debemos llevar una vida diferente por su resurrección, y por ella, en la fe, tenemos la victoria sobre el pecado y la muerte, la justicia eterna y la vida.

8. Ahora, si tenemos eso por el bautismo, entonces debe también seguir que ya no vivamos ni sigamos al pecado que todavía está activo en nuestra carne y sangre en esta vida, sino siempre matar y asesinarlo para que no tenga ningún poder ni vida en nosotros. Si queremos vivir en forma diferente en nuestra posición en la vida, tenemos a Cristo que murió al pecado, lo borró y lo sepultó por su muerte y sepulcro, adquirió la vida y la victoria sobre el pecado y la muerte para nosotros por su resurrección, y los dio a nosotros por medio del bautismo. El hecho de que Cristo mismo tuvo que morir por el pecado señala la gran y seria ira de Dios contra el pecado. Porque el pecado se tiene que matar y poner en el sepulcro en su propio cuerpo, Dios nos muestra que no quiere que el pecado siga viviendo en nosotros sino nos ha dado a Cristo y el bautismo para que el pecado también sea matado y quemado en nuestro cuerpo.

9. Con estas palabras San Pablo nos muestra lo que logra y significa la sepultura de Cristo, y que nosotros también somos sepultados con Cristo. Primero, Cristo fue sepultado para que pudiera encubrir y borrar nuestro pecado por el perdón, tanto los pecados que cometimos antes y el pecado que todavía queda en nuestra carne y sangre, de modo que el pecado no puede acusar ni condenarnos. Luego, fue sepultado para que por el Espíritu Santo también matara esta carne y sangre con sus deseos pecaminosos que quedan, para que no reinen sobre nosotros sino sean sujetos al Espíritu, hasta que estemos completamente libres de ellos.

10. Así también nos acostamos con Cristo en el sepulcro según la carne porque, aunque tenemos el perdón de los pecados, somos hijos de Dios y somos salvos, esto todavía no es visible ni perceptible a nosotros ni al mundo, sino está oculto y escondido en Cristo por la fe hasta el día final. No vemos y sentimos esta justicia, santidad, vida y salvación como dice la palabra y como la fe debe apropiárselo. Por eso San Pablo dice (como escuchamos en los sermones de la Pascua): “porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:3–4).

11. Segundo, también nos acostamos con Cristo en el sepulcro externamente en la cruz, sufriendo persecución y aflicción del mundo y del diablo, bajo los cuales somos

oprimidos como por una piedra pesada, con que la vieja naturaleza pecaminosa en nosotros es suprimida y refrenada, para que no se rebele contra el Espíritu, etc.

“Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.”
(Romanos 6:5–7)

12. Esta otra vez es una declaración apostólica notable, puesto que acaba de hablar de ser bautizado en la muerte de Cristo y ser sepultado con él, etc., que aquí llama “ser plantado juntamente con él en la misma muerte”. Así une y junta la muerte y resurrección de Cristo y nuestro bautismo, para que no lo consideremos solo una señal vacía (como blasfeman los anabaptistas), sino más bien reconozcamos que el poder tanto de su muerte y su resurrección está puesto en él. “Fuimos plantados juntamente con él”, dice, es decir, incorporados para que él sea poderoso en nosotros y para que su muerte obre en nosotros. Por el bautismo, nos reclama como suyos y nos da el poder tanto de su muerte y su resurrección. Ambas cosas suceden para que tanto la muerte y la vida sigan en nosotros. Por eso, nuestro pecado es matado por su muerte, a saber, es quitado, para que finalmente muera en nosotros y ya no viva.

13. Así, el hecho de que somos puestos bajo el agua en el bautismo muestra que también morimos en Cristo. Pero el hecho de que volvemos a subir significa que también volvemos a vivir en él, así como él no se quedó en la muerte sino resucitó. Sin embargo, esta no debe ser y no puede ser una vida de pecado, porque esa antes fue matada en nosotros y tuvimos que morir para ella; más bien debe ser una vida nueva de justicia y santidad. Asimismo, por su resurrección Cristo completa y finalmente destruyó el pecado debido al cual tuvo que morir, y en su lugar sacó en él mismo solo una vida de justicia, la cual imparte a nosotros, etc. Así ahora se dice que somos “plantados o unidos en Cristo”, hechos un pastel, de modo que tenemos tanto el poder de su muerte y resurrección en nosotros, y los frutos o efectos de esta se encuentran en nosotros, puesto que fuimos bautizados sobre él.

14. También es consolador cuando habla de la muerte y el morir de los cristianos de esta forma y lo llama “ser plantado”, etc. Muestra que el morir y sufrir de los cristianos en la tierra no son la muerte o algo dañino y destructivo, sino un plantar para la vida, puesto que por la resurrección somos completamente redimidos de la muerte y el pecado y viviremos eternamente. Todo lo que es plantado no es plantado para la muerte y la destrucción, sino para que desde entonces brote y crezca. Así Cristo mismo fue plantado por la muerte y el sepulcro para vida, porque solo entonces fue sacado de esta vida mortal y del pecado, que estaba sobre él y que lo echó a la muerte por causa de nosotros, y ahora vive en la gloria y el poder divino.

Sin embargo, porque este plantar comienza para nosotros en el bautismo, como se dijo, y en la fe ya tenemos la vida en Cristo, también fue demostrado que esta vida echa raíz en nosotros y no queda sin fruto. Siempre que algo se planta, no es para nada y en vano;

más bien, es plantado para algo bueno, de modo que crezca y produzca fruto. Así también debemos demostrar con nuestra nueva conducta y frutos que hemos sido plantados en Cristo para la vida.

15. San Pablo ahora declara la razón de esto cuando dice: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido”, etc., v. 6. No tiene sentido que nosotros que hemos sido bautizados y somos cristianos debemos quedar en la forma antigua, pecaminosa de vida, porque esa ya fue crucificada con Cristo; a saber, el veredicto de la condenación y la muerte se pronunció sobre ella y se llevó a cabo. Eso es lo que quiere decir “fue crucificada”. Asimismo, Cristo fue crucificado debido a nuestros pecados y llevó la condenación de la muerte y la ira de Dios.

Sin embargo, porque Cristo mismo, que sin embargo fue inocente y sin pecado, fue crucificado por nuestros pecados, el pecado también debe ser crucificado en nuestro cuerpo; es decir, debe ser completamente condenado y cesar, de modo que ya no tenga ninguna vida ni poder. Por eso, no debemos para nada servirlo ni consentirlo, sino debemos considerarlo como algo condenado, como de hecho es condenado, oponernos a ello con toda nuestra fuerza, y suprimir y matarlo en nosotros.

16. Sin embargo, hace dos puntos distintos cuando dice: “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo” y “para que el cuerpo del pecado sea destruido”, como si “el viejo hombre” fuera algo diferente del “cuerpo del pecado”. Con el término “viejo hombre” no quiere decir solo el cuerpo, o, por supuesto, las obras pecaminosas que el cuerpo comete con sus cinco sentidos externos, sino todo el árbol con todos sus frutos, es decir, toda la persona como nació de Adán, con cuerpo y alma, voluntad, razón y entendimiento, que todavía en asuntos tanto internos y externos todavía están atascados en la incredulidad, el desprecio de Dios, y la desobediencia. Lo llama “viejo” no por sus años, porque ciertamente puede haber un joven vigoroso, fuerte, sin la fe y el Espíritu, que no presta atención a Dios, está avaro, y se jacta o vive en el orgullo y la arrogancia de su sabiduría y poder, etc. Más bien, se llama viejo porque todavía no está convertido y no se ha hecho nada diferente de como vino de Adán en pecado. Esto ciertamente puede ser un niño de un día al igual como un hombre de ochenta años, porque todos se llaman “viejo” desde el nacimiento. Entre más pecados tiene, más viejo y más indigno es ante Dios.

Este viejo hombre, dice San Pablo, sencillamente se tiene que crucificar, a saber, ser completamente condenado, ejecutado y matado, aun en esta vida. Si todavía vive y es activo, no puede haber fe ni el Espíritu, y la persona todavía se queda en el pecado, ahogado bajo la ira de Dios y una mala conciencia, que condena a la persona y no le deja llegar al reino de Dios.

17. Por otro lado, se llama un “nuevo hombre que es convertido a Dios por el arrepentimiento, tiene otro corazón y entendimiento que antes, y cree y vive en forma diferente conforme a la palabra y voluntad de Dios y el Espíritu Santo. Él ahora tiene que encontrarse en todos los cristianos, puesto que comienza a estar en ellos en el

bautismo o de otro modo en el arrepentimiento y la conversión. Por el Espíritu Santo se opone a y suprime el viejo hombre y sus deseos pecaminosos, como dice San Pablo: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.” (Gálatas 5:24).

18. Ahora, aunque en aquellos que son nuevas personas “el viejo hombre” ha sido crucificado, “el cuerpo de pecado”, dice San Pablo en Romanos 6:6, todavía queda en ellos en esta vida. Esos son los deseos que quedan del viejo hombre, que todavía están activos y se sienten en la carne y la sangre y que quieren rebelarse contra el Espíritu. Porque la cabeza y vida del pecado son matados, no deben dañar a los cristianos. Sin embargo, para que no se sujeten y obedezcan a ellos, y el viejo hombre vuelva a resurgir, el nuevo hombre tiene que retener el dominio, y los deseos pecaminosos que quedan tienen que ser debilitados y suprimidos. Este cuerpo finalmente debe podrirse y convertirse en cenizas para que el pecado en él cese y deje de existir.

19. “Por tanto”, dice, “si ahora ya están muertos al pecado según el Espíritu y el nuevo hombre, y también son entregados a muerte según el cuerpo, luego no deben obedecer al pecado de modo que otra vez pueda acusar y condenarles. Más bien, deben vivir como los que son completamente librados y libres del pecado, sobre los cuales el pecado ya no tiene ningún derecho ni poder”. Dice: “el que ha muerto ha sido justificado del pecado” (Romanos 6:7). Esto se puede decir de todos los muertos: “Todo el que ha muerto ha pagado por su pecado y ya no necesita morir por él, porque ya no comete obras malas ni pecados”. Así, si el pecado en el hombre se mata por el Espíritu, y, además, el cuerpo o la carne muere y cesa con sus deseos pecaminosos, luego la persona es completamente librado y libertado del pecado.

20. De este modo, San Pablo encierra el camino cristiano de vida en la tierra completamente en la muerte de Cristo y lo describe como ahora yaciendo muerto y sepultado en el ataúd, es decir, como habiendo dejado la vida del pecado y no teniendo nada que ver con ello. Dice que el pecado está muerto para ellos, y a la vez, ellos están muertos al pecado, porque ya no se encuentran en la vida pecaminosa del mundo. Sí, han muerto dos veces o en forma doble: primero, espiritualmente al pecado, que es un morir misericordioso, consolador y feliz (aunque es doloroso y molesto para la carne y sangre), y una muerte deleitosa, dulce, porque no produce nada sino una vida celestial, pura, perfecta y eterna; y, segundo, corporalmente, que no es una muerte, sino más bien un sueño fácil y gentil.

Por eso están muy felices, quiere decir San Pablo, porque ya han escapado la muerte (por morir al pecado en Cristo) y ya no tienen más muerte. La primera muerte, que heredaron de Adán por el pecado (esta es la muerte eterna que es genuinamente amarga) ya se les ha quitado, y desde ahora están completamente sin la muerte. Aunque todavía tienen que tener una muerte (porque todavía están en la tierra y son personas descendidas de Adán, sio embargo solo es una muerte pintada.

21. Esto es lo que sucede. La primera muerte de Adán será puesta de lado y cambiada en una muerte espiritual por la cual morimos al pecado, de modo que el alma no consiente al pecado y el cuerpo ya no comete pecado. Así, en lugar de la muerte que el pecado había traído sobre nosotros, ha comenzado en ustedes la vida eterna. Ahora, porque son librados de la muerte temible que condena, acepten esta muerte dulce, santa y feliz que muere al pecado, de modo que se guarden contra el pecado y no lo sirvan. Esto es obrado en ustedes por la muerte de Cristo en la cual fueron bautizados, y este bautismo también trae una muerte consigo, porque Cristo mismo murió y les mandó ser bautizados, para que el pecado fuera ahogado en ustedes.

22. La segunda muerte pequeña es el morir externo (que la Escritura llama un sueño) que se inflige a la carne, porque, mientras vivimos en la tierra, no deja de resistir el espíritu y su vida. San Pablo dice: “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:17). El espíritu o el alma dice: Estoy muerto al pecado y ya no quiero pecar”. La carne dice: “Todavía no estoy muerta; debo usar mi vida mientras la tengo”. El espíritu dice: “Creo que Dios ha perdonado mis pecados y me los ha quitado por medio de Cristo”. A la vez, el cuerpo dice: “¿Qué sé yo de Dios y su voluntad?” El alma dice: “Debo ser compasinado, casto, puro, humilde, paciente, etc., y buscar la vida futura”. La carne responde gruñendo: “¿Para qué necesitaría el cielo, si tuviera suficiente harina y pan, dinero y bienes aquí?”

Así siempre actúa la carne, mientras vive aquí. Se extiende y trae el pecado a sí; resiste y no quiere morir. Por tanto, Dios finalmente tiene que matarla, porque tiene su muerte del pecado.

23. Sin embargo, esta también es una muerte suave, hermosa, que verdaderamente no es nada sino un sueño. El cuerpo no quedará en la muerte (porque el alma y el espíritu ya no están en la muerte), sino volverá a salir, limpiado y purificado, y vendrá otra vez a su espíritu en el Día final, en donde será un cuerpo hermoso, puro y obediente, sino ningún pecado ni mal deseo.

24. Por tanto, estas palabras de San Pablo pintan un cuadro cristiano muy hermoso, que representa la muerte para nosotros no como algo temible sino como consoladora y deleitosa. ¿Cómo podría hacerla más deleitosa que cuando la describe con todo su poder y forma horrible quitados y hace la muerte vida y gozo? ¿Qué es mejor y más precioso para nosotros que ser librados del pecado y todo el castigo y la miseria que vienen de él, y tener un corazón y conciencia muy alegre y pacífica? En donde hay pecado y muerte real (es decir, en donde sentimos el pecado y la ira de Dios), allí, por otro lado, hay tal susto y miedo que la persona preferiría correr a través de murallas de hierro (y como Cristo dice del profeta Oseas), quisiera que todas las montañas y cierros cayeran sobre él y lo cubrieran.

25. Esta muerte espantosa (que la Escritura llama “la segunda muerte”) ahora se ha quitado de los creyentes por medio de Cristo y se ha tragado en su vida. En su lugar, se queda una pequeña muerte, hasta una muerte dulce, en que el cristiano muere según la

carne, es decir, sale de la incredulidad a la fe, del pecado que queda a la eterna justicia, y de toda miseria, tristeza y tentación al gozo eterno completo. Tal muerte es más dulce y mejor que cualquier vida en la tierra. Toda la vida, los bienes, los deseos y gozos de este mundo no pueden alegrarnos como el morir con una buena conciencia, en la segura fe y consolación de la vida eterna. Tal muerte del cuerpo verdaderamente no se llama otra cosa sino ser puesto en un sueño dulce y tranquilo. Esto sucede para que deje de pecar, ya no impida ni perturbe al espíritu, se limpie y se libre del pecado, y por la resurrección vuelva a la obediencia, el gozo y la vida del espíritu.

26. Sin embargo, todo lo que nos falta es que la carne necia no puede comprender esto, todavía se asusta por la apariencia engañosa de la muerte, y piensa que todavía sufre la muerte antigua. No entiende el morir espiritual al pecado y no puede juzgar de otro modo de lo que siente y ve, a saber, que la persona muere, y luego se descompone y se desintegra bajo la tierra. Visualiza engaños tan horribles y feos que no quiere mirar arriba. Sin embargo, eso es solo debido a su necedad; de otro modo no temería ni tendría horror de nada.

Aquí la razón es como un niño que se ha asustado por un monstruo o un fantasma y ni con canciones puede dormir. O es como un pobre hombre que está loco y piensa que si alguien lo lleva a una cama, realmente quiere echarlo al agua y ahogarlo. Lo que no entendemos no lo podemos tratar correctamente. Por ejemplo, si alguien considera un centavo una moneda de oro, está tan contento con un centavo como con una moneda de oro. Por otro lado, si perdiera el centavo, estaría tan triste como si hubiera perdido la moneda de oro—no que ha perdido la moneda de oro, sino que está en la necedad y el error.

27. Así no es culpa del morir y sepultarte que te asustas de ellos, sino es culpa de tu carne y sangre, que no pueden entender que tu enfermedad, muerte y sepulcro no significan otra cosa sino que Dios te acuesta suavemente como un niño en una cuna o una cama, en que dormirás dulcemente hasta el Día final. Sin embargo, la carne y sangre te hacen temer u horrorizarte cuando no hay motivo de temor ni horror y, por otro lado, tomar consuelo y regocijarte cuando no hay consuelo ni gozo. Los cristianos deben sobrellevar y ser cargados con la carne torpe y necia, que no entiende nada de lo que es bueno o malo, sí, tienen que luchar con ellos mientras vivan con gran dificultad.

28. No hay nadie tan perfecto que no siente esta aversión y terror de la muerte y el sepulcro. Aun San Pablo se queja y confiesa de sí mismo (y en su propia persona de todos los cristianos): “Lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero” (Romanos 7:15).

Es como si quisiera decir: “Según el espíritu, sé por seguro que cuando este cuerpo muere, Dios me está acostando en mi cama para un sueño dulce, y deseo que mi carne entienda esto, pero no puedo lograr que lo entienda”. El espíritu ciertamente está dispuesto y desea la muerte corporal como un sueño tranquilo. No la considera muerte; de hecho, no conoce ninguna muerte, puesto que también sabe que es librado del pecado. En donde no hay ningún pecado, tampoco hay muerte, sino solo vida. Sin

embargo, cuando se entromete la carne, tiene miedo y lucha contra ella y siempre se preocupa: “Tengo que morir y perecer en el abismo”. Para nada se deja domar ni someterse, de modo que tuviera la misma opinión y cediera a la muerte como el espíritu cree y sabe. San Pablo mismo tiene que gritar con espíritu alarmado de esto: “¡Soy un hombre pobre, miserable! ¡Quisiera ser redimido del cuerpo de esta muerte!”, etc. De este modo, podemos fácilmente observar y sentir lo que se quiere decir con “el deseo de la carne es contra el espíritu”, etc. Tenemos que arrastrarla y obligarla a la fuerza por medio del espíritu, de modo que tenga que seguir y ser obediente, sin importar cuánto resista y se asuste por esto; contra su voluntad tiene que acompañar, hasta que sea sometida. Asimismo, cuando un bebé se despierta agitado, la madre tiene que envolverlo en telas y obligarlo a volver a dormir.

29. Mira, San Pablo está hablando de estos asuntos cuando dice. “Sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado”, a saber, sabemos que ya hemos muerto al pecado según el alma y el espíritu, “para que el cuerpo del pecado sea destruido”. A saber, porque el cuerpo todavía no sigue voluntaria y gustosamente al espíritu, sino todavía resiste y quiere quedarse en la vida antigua del pecado, ya ha sido sentenciado y tiene que seguir y ser ejecutado, para que el pecado cese por completo en él.

30. Sin embargo, no dice que el cuerpo cesa inmediatamente después del bautismo cuando una persona se hace cristiano, sino “que el cuerpo del pecado (o el cuerpo pecaminoso) sea destruido”, es decir, que el cuerpo, que antes fue rebelde y desobediente al espíritu, ahora se hará diferente, de modo que ya no sea un cuerpo de pecado sino de justicia y vida nueva. Por eso luego también dice: “a fin de que no sirvamos más al pecado”, etc.

“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive.” (Romanos 6:6–10)

31. Aquí nos lleva de la muerte y el sepulcro del pecado a la resurrección y la vida tanto del espíritu como del cuerpo. Si morimos espiritualmente al pecado y físicamente al mundo y a nosotros mismos, ¿qué tenemos como resultado de esto? ¿No debe haber nada sino morir y sepultarse para el cristiano? “Claro que no”, dice. Más bien, estamos seguros por medio de la fe que también viviremos, así como Cristo resucitó de la muerte y el sepulcro, y vive. También hemos muerto con él, o (como dijo antes) “fuimos plantados con él en su muerte”. Por su muerte ha matado nuestro pecado y muerte. Por tanto, también compartiremos con él la resurrección y la vida. Ya no habrá ningún pecado ni muerte en el alma o en el cuerpo, así como ya no hay muerte en él.

Después que Cristo murió una vez y volvió a despertarse, nunca volverá a morir, y no hay más razón porque debería morir. Ha logrado todo, borrado el pecado (debido al cual tuvo que morir) y tragó la muerte; la vida que ahora vive es eterna justicia, vida y

dominio. Así también ustedes, cuando una vez han pasado por las dos muertes, la espiritual, que ya han muerto al pecado, y la muerte tranquila del cuerpo, luego han alcanzado el punto en donde ninguna muerte les puede jamás tocarles y reinar sobre ustedes.

32. Así ese es nuestro consuelo contra el terror de la pobre, débil carne, que todavía se horroriza de su muerte. Si eres cristiano, debes saber que tu Señor Cristo, ya despierto de entre los muertos, ahora no puede morir, y la muerte no puede hacer nada contra él. Sí, con estas palabras se puede retar y escarnecer a la muerte; ¡confrontemos todo lo que puede hacer con Cristo con todo su poder y terror! Dice: “la muerte no se enseñorea más de él”. Ciertamente puede enojarse, desagradarse, ser amargo, amenazar y asustar (contra nuestra pobre, débil carne), pero nunca dominará a Cristo. Más bien tiene que tolerar que Cristo la domine a ella, no solo en su propia persona sino también en nosotros, porque ya hemos muerto al pecado una vez en él, a saber, hemos sido redimidos del aguijón, el poder y el dominio de la muerte. Cristo ya ha cumplido plenamente la obra por la cual obtuvo el dominio sobre la muerte. Ha presentado y dado esto a nosotros, de modo que en él también reinamos sobre la muerte. Por tanto, San Pablo concluye y dice:

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.” (Romanos 6:11)

“Deben saber”, dice: lo cual quiere decir, como cristianos deben estar conscientes en sí mismos y actuar en todo su hacer y ser como los que ya han muerto al pecado en Cristo y que son encontrados en esa muerte ante el mundo, para que no sirvan y sigan al pecado, como si él dominara sobre ustedes. Más bien, deben demostrar lo opuesto, que ahora llevan una vida diferente, que se llama una vida divina, que gobierna sobre el pecado tanto internamente en la fe y externamente en su vida, hasta que la carne o el cuerpo se duerma también y así las dos muertes se completen en ustedes. Entonces no habrá nada sino solo vida, sin ningún susto, temer ni dominio de la muerte.